



Cao Xueqin

Sueño en el Pabellón Rojo

Volumen II

Galaxia Gutenberg

Cao Xueqin

Sueño en el Pabellón Rojo

(Memorias de una roca)

II

*Traducción de Zhao Zhenjiang
y de José Antonio García Sánchez*

*Edición revisada por
Alicia Relinque Eleta*

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Hongloumeng*
Traducción de Zhao Zhenjiang y de José Antonio García Sánchez
Edición revisada por Alicia Relinque Eleta
Los editores y los traductores agradecen su colaboración al
Instituto Confucio



Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Universidad de Granada
Hospital Real
Cuesta del Hospicio s/n, 18071 Granada

Primera edición en este formato: febrero 2017

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016, por las características de esta edición
© Universidad de Granada, 2009

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 169-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-56-6 (Volumen II)
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-58-0 (Obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

CAPÍTULO LXI

*Para proteger a su hermana,
Baoyu encubre a la autora de un robo.
Para enmendar un error, Pinger ejerce su autoridad.*

En el capítulo anterior, la señora Liu exclamaba entre risas:
—¡Macaco, que eres un macaco! ¿No te trato como a un verdadero sobrino? Y si salgo a buscar un hombre, ¿no tendrías un tío más? ¿De qué te preocupas? No hagas que te arranque esa mata de pelo de coño que tienes en la cabeza como si fuera la tapa de una bacina. ¡Venga! Abre ya la puerta y déjame entrar de una vez.

Pero, en lugar de obedecer, el joven lacayo la retuvo agarrándola de la manga.

—Buena tía, cuando ya esté en el jardín arrégleselas para robar unos cuantos albaricoques y traérmelos. Yo estaré esperando. Si se le olvida, no le abriré el portón cuando quiera salir a comprar licor o aceite a medianoche. Ni siquiera contestaré cuando me llame; me limitaré a dejarla dar alaridos hasta que pierda la voz.

La señora Liu hizo ademán de escupirle a la cara.

—¡Estás loco de remate si crees que aquí funcionan las cosas como antes! Desde que se decidió cultivar el jardín, esas viejas a quienes se lo arrendaron están a la que salta. Basta con pasar cerca de un árbol para que se te claven dos ojos torvos como los de un gallo de pelea. ¿Cómo voy a correr el riesgo siquiera de rozar un albaricoque? El otro día venía caminando y pasé bajo un ciruelo; en eso, una abeja me rozó la cara; pues bien, esa tía tuya me vio justo cuando daba un manotazo para espantarla. Como ella estaba demasiado lejos para ver lo que hacía pensó que andaba robándole ciruelas, y soltó un chillido y una sarta de improperios con esa voz de coño que tiene. Se desgañitaba

gritando que esa fruta todavía no había sido ofrecida a Buda, que por estar de viaje aún no habían podido probarla sus señorías, y que sólo una vez que las mejores hubieran sido enviadas a la gente encumbrada, los demás recibiríamos nuestra parte. ¡Y así siguió, como si yo estuviera muriéndome por sus ciruelas! A mí me sentó muy mal, claro, y le respondí en el mismo tono. Pero, dime, ¿no tienes tú aquí varias tías entre las encargadas del jardín? ¿Por qué no les dices a ellas que te traigan albaricoques? Eres como la rata del granero que le pide grano al cuervo; si a la rata le falta comida, ¿cómo va a tenerla el cuervo?

—¡Bueno, bueno, bueno! —exclamó el muchacho—. Si no está en su mano hacer lo que le pido, no lo haga. ¿A qué viene tanta verborrea? Sólo espero que no necesite un favor mío en el futuro. Menos mal que ha conseguido para su hija un buen trabajo en el jardín; sin duda nos necesitará más de una vez, y entonces podré pedirle a ella lo que usted me niega ahora.

—¡Ya estás con tus astucias, pequeño macaco! ¿Qué historia es ésa? ¿Qué trabajo he encontrado yo para mi hija?

El muchacho se echó a reír.

—No intente engañarme, que estoy al tanto de sus intrigas. ¿O acaso piensa que es usted la única con influencias dentro de la casa? Sepa que también nosotros tenemos las nuestras. Aunque aquí no soy más que un lacayo, tengo un par de hermanas que tienen cierto peso en el jardín. ¿Cómo va a ocultarme un secreto?

Aún no había terminado de pronunciar esas palabras cuando se oyó desde el interior la voz de otra vieja, que decía:

—¡Eh, monos! Llamad a la tía Liu; si tarda más no estará la comida a tiempo.

Al escucharla, interrumpiendo bruscamente la conversación con el muchacho, la vieja Liu empujó los batientes de la puerta.

—Tranquila, hermana, ya estoy aquí.

Y se dirigió directamente a la cocina, donde encontró a otras cocineras que, eludiendo cualquier responsabilidad,

esperaban su llegada para que resolviera los platos que había que enviar a los diversos aposentos.

—¿Dónde está Wuer? —preguntó la señora Liu.

—Ha salido hace un momento a buscar a alguna amiga suya de las que se ocupan de preparar el té —le dijeron.

La señora Liu guardó la «escarcha de Fuling» y se enfrascó en la distribución de platos para los diferentes aposentos. En eso estaba cuando entró Lianhua, la pequeña doncella de Yingchun.

—La hermana Siqi dice que quiere comer un flan de huevos pasados por agua —anunció.

—¡Huevos! ¡Quiere huevos! ¡Vaya extravagancia! —exclamó la cocinera—. ¡Con la carestía de huevos que hay este año, quién sabe por qué! ¡A diez monedas cada uno los están vendiendo! E incluso así son difíciles de conseguir. Ayer mismo llegó la orden de obsequiar con arroz glutinoso a los parientes, y los que salieron a comprar sólo pudieron reunir, y no sin esfuerzo, dos mil huevos. ¿Dónde voy yo a encontrar huevos para ella? Anda y dile que ya los comerá en otra ocasión.

—El otro día, cuando ella pidió queso de soja, usted le mandó uno rancio —replicó Lianhua—. Se puso de muy mal humor y lo descargó sobre mí. Ahora lo que pide son huevos y resulta que no hay. ¿Tan preciosos son ahora unos simples huevos que incluso en esta casa faltan? No lo puedo creer; voy a mirar yo misma.

Dicho lo cual, fue hasta el aparador que contenía las provisiones y encontró una docena.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. ¿Cómo puede ser usted tan tacaña? Nosotras no comemos más que la ración que nos ha asignado cada una de nuestras señoras, ¿qué más le da a usted? ¿Acaso ha puesto usted misma esos huevos?

Inmediatamente la señora Liu dejó lo que tenía entre manos y fue derecha a encararse con la muchacha.

—¡No digas más estupideces! —gritó—. ¡Tu madre es la que pone huevos! Esta docena que queda es para las salsas y los potajes. Los utilizo sólo para los casos de urgencia. Y a menos que las jóvenes damas me los pidan, voy a seguir

utilizándolos para eso. ¡Si os los coméis y luego vienen las señoras a pedir la comida, ni siquiera habrá huevos! Para vosotras, las que vivís en los aposentos interiores, todo parece fácil de conseguir: alargáis los brazos cuando llega el agua; abríis la boca y se os llena de comida. Pero ignoráis cómo son las cosas en el exterior, el precio que tienen en el mercado. Y no hablo ya de huevos; hubo días en que no se pudo conseguir ni una brizna de hierba. Seguid mi consejo y conformaos con el buen arroz, las gallinas gordas y los grandes patos que coméis diariamente, y no pidáis más. Estáis tan hartas de buena comida que os pasáis el tiempo importunándome con extravagancias: que si huevos, que si queso de soja, que si gluten de trigo y nabos salados... ¡Qué bien sabéis variar un menú! Pero mi trabajo no es atenderos a vosotras. Si en cada aposento piden un plato distinto, tendré que cocinar más de diez. ¿Qué quieres, que deje de preocuparme por las señoras de primer grado y me dedique a complacer a las de segundo?

—Pero ¿quién le ha pedido un plato diferente cada día? —clamó Lianhua con el rostro enrojecido—. ¡No dice más que disparates! Si hacemos que usted cocine aquí para los aposentos del jardín es porque eso es más cómodo para nosotras, ¿no? Además, el otro día, cuando Xiaoyan le dijo que la hermana Qingwen quería un poco de artemisa, enseguida preguntó si la quería frita con cerdo o con pollo. Xiaoyan le dijo que precisamente su señora consideraba que ese plato, para que estuviera bueno, debía hacerse con gluten de trigo y muy poco aceite. Enseguida se maldijo usted por ser tan obtusa, se lavó las manos, cocinó el plato según el gusto de Qingwen y lo llevó personalmente meneando el rabo como un perro. ¡Y ahora me riñe a mí a gritos para que todo el mundo se entere!

—¡Santo Buda! —exclamó con vivacidad la señora Liu—. Todas las cocineras aquí presentes pueden ser testigos de cómo hacemos las cosas. No sólo el otro día con el plato de artemisa, no, ¡desde que esta cocina fue instalada el año pasado, siempre que una de las señoritas o alguna de sus doncellas ha querido algo especial ha traído consigo el di-

nero para comprarlo! Haya o no haya lo que piden, siempre lo pagan; es una cuestión de honor. El mío puede parecer un trabajo cómodo, con muchas prebendas, puesto que siempre atiende a las jóvenes señoras. Pero haz cuentas, y ya verás el asco que te da. Las jóvenes damas y sus doncellas son más de cincuenta personas; sin embargo, diariamente no recibimos más que un par de gallinas, un par de patos, diez *jin* de carne y verduras por valor de una sarta de monedas. Calculadlo vosotras mismas: ¿a cuánta gente puedo dar de comer con eso? Ni siquiera alcanza para las dos comidas establecidas, ¿cómo va a alcanzar entonces para las extravagancias que me pedís? Lo que se ha comprado no os gusta y hay que salir otra vez a la calle a comprar. Tal como están las cosas, mejor será que pidamos a las señoras más dinero para que podamos hacer como en la cocina grande que atiende a la Anciana Dama: escribir en la tabla de agua¹ un menú que contenga todos los platos que se conocen bajo el cielo, prepararlos cada vez de distinta manera y pasar la cuenta a fin de mes. Precisamente el otro día, a las señoritas Tanchun y Baochai se les antojó comer unos brotes de *Gouqi*² fritos, y enviaron a una doncella con quinientas monedas. No pude contener la risa y le dije: «Aunque las dos jóvenes damas tuvieran las barrigas del tamaño de la del buda Maitreya³, no podrían comer quinientas monedas de brotes de *Gouqi*. Sólo cuesta de veinte a treinta monedas, y eso todavía nos lo podemos permitir». Así que devolví el dinero, pero ellas se negaron a aceptarlo y me lo dieron como propina para comprar vino. Dijeron: «Ahora que la cocina está dentro del jardín, algunas de nuestras muchachas pueden ir a pedirle sal o salsa de habichuelas. Ustedes no pueden negarles nada, pero todo cuesta dinero y si les entregan lo que pidan, saldrán perdiendo. De modo que tomen este dinero y úsenlo para compensar las deudas que tenemos con ustedes». Son jóvenes tan comprensivas y consideradas que sólo podemos orar a Buda para que las bendiga. No como la concubina Zhao, que cuando se enteró de aquello montó en cólera y dijo que las señoritas me tenían dema-

siada consideración. Antes de diez días también envió a una doncella para pedirme esto y lo de más allá, hasta que me reí para mis adentros. Esto de pedirme unas cosas y otras ya se está convirtiendo en costumbre. ¿Cómo voy a cubrir tanto dispendio?

Mientras discutían llegó, enviada por Siqi, otra doncella buscando a Lianhua.

—¿Acaso te has muerto en esta cocina? —le preguntó—. ¿Por qué tardas tanto en volver?

Lianhua regresó inmediatamente, tragándose la rabia, para informar a Siqi de todo lo que había dicho la cocinera, no sin aderezar su versión con algunos comentarios de su propia cosecha, que sirvieron para indignarla. Ésta, apenas hubo terminado de servir la comida a Yingchun, reunió a todas las sirvientas e hizo que la siguieran a la cocina, donde la señora Liu y todas sus ayudantes acababan de sentarse a la mesa. Ante la irrupción de la servidumbre de los aposentos de Yingchun, a cuya cabeza marchaba Siqi con cara de pocos amigos, las mujeres se levantaron invitándola a tomar asiento. Pero ésta, con un breve chillido, lanzó a las doncellas que la acompañaban a saquear el lugar, como si de un zafarrancho se tratara.

—¡Toda la comida que encontréis en aparadores y cajones, a los perros! —gritó—. Aquí se van a acabar los privilegios para todo el mundo.

Al escuchar aquello, las jóvenes doncellas, que no esperaban más que la orden, se lanzaron por toda la cocina haciendo grandes aspavientos y tirando al suelo todo lo que encontraban. Las mujeres de la cocina, frenéticas, intentaron detenerlas hasta que, viendo lo inútil de sus esfuerzos, se dirigieron directamente a Siqi.

—No crea lo que le diga una niña, señorita —le suplicaron—. Aunque tuviera nueve vidas, la señora Liu no se atrevería a ofenderla. No miente cuando dice que este año es muy difícil encontrar huevos. Precisamente acabamos de reprenderla por ser tan estúpida: ella debería saber que, sea lo que sea aquello que ustedes pidan, debe preocuparse de conseguirlo. Ahora ya ha comprendido su error y

está batiendo unos huevos para hacerle el flan. Si no nos cree, mire usted en el horno.

Aquellas palabras, dichas en tono amable, apaciguaron poco a poco a Siqi, de manera que las jóvenes doncellas fueron llamadas al orden antes de que lo destrozaran todo. Siqi se dejó finalmente persuadir y acabó retirándose con su tropa, no sin antes abrumar de maldiciones e insultos a la cocinera Liu, que sólo pudo desahogar su furia con los platos y tazones refunfuñando sin cesar mientras ponía los huevos a cocer. Pero cuando el flan estuvo listo y le fue enviado, Siqi, desdeñándolo, volcó todo el contenido del bol en el suelo. La mujer que se lo había llevado se cuidó mucho de decir nada a su vuelta, pues temió causar con ello nuevas trifulcas.

Entonces, después de hacer que su hija tomara un buen caldo y medio tazón de gachas de arroz, la señora Liu le habló de la «escarcha de Fuling» que poco antes había recibido como regalo. Wuer decidió inmediatamente compartir en secreto tan fino obsequio con Fangguan, de modo que envolvió la mitad en un trozo de papel y esperó a que cayera el sol, pues con el crepúsculo sería más improbable que se encontrara con alguien. Y así, ocultándose entre los sauces y los macizos de flores, emprendió el camino para encontrarse con su amiga. Afortunadamente pudo llegar al patio Rojo y Alegre sin que nadie le hubiera preguntado adónde iba tan sigilosa. Una vez allí, sin embargo, le dio miedo irrumpir en un recinto en el que no debía estar, y se apostó tras un rosal que había a cierta distancia de la entrada; y allí se quedó de pie hasta que vio aparecer a Xiaoyan, que salía después de haber tomado un té. Wuer corrió tras sus pasos llamándola. Xiaoyan la oyó, pero no la reconoció hasta que estuvo junto a ella.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

—Dile a Fangguan que salga —le pidió Wuer—. Tengo algo que decirle.

—Hermana, eres demasiado impaciente —susurró Xiaoyan—. Dentro de diez días estarás con nosotras, ¿qué necesidad tienes de andar buscándola ahora? No está

aquí. Acaba de salir a llevar un recado fuera del jardín y tendrías que esperarla un buen rato. Pero también puedes decirme a mí lo que quieres. Sólo me preocupa que puedas entretenerme mucho rato, pues pronto cerrarán la puerta del jardín.

Entonces Wuer le entregó la «escarcha de Fuling» explicándole para qué servía y cómo debía ser utilizada.

—Es un regalo que alguien me ha hecho —explicó—. Te ruego que lo entregues a Fangguan.

Dicho lo cual se despidió y tomó el camino de regreso. Acababa de llegar a la playa de Hierbas y puerto Florido cuando en eso apareció la esposa de Lin Zhixiao con otras comadres. Wuer no vio dónde ocultarse, y no tuvo más remedio que abordarlas decididamente con un saludo.

—Me dijeron que estabas enferma —dijo la señora Lin—. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—Es que últimamente me he sentido mejor —explicó ella con la mejor de sus sonrisas— y, para no aburrirme, he venido con mi madre a la cocina. Ha sido ella quien me ha enviado al patio Rojo y Alegre para entregar unas cosas.

—No te creo —respondió la señora Lin—. Cuando tu madre salió eché la llave al portón de entrada. Si ella te envió con un encargo, ¿por qué no me advirtió que estabas aquí? ¿Por qué permitió que te dejara encerrada? Realmente no lo comprendo. Seguro que estás mintiendo.

Wuer no tuvo respuesta, así que balbuceó:

—Mi madre me hizo el encargo esta mañana, pero yo lo olvidé y no me he acordado hasta hace un momento. Imagino que pensaría que yo ya me había ido; por eso no le dije nada.

La señora Lin no pudo menos que advertir lo inconsistente de la excusa y el nerviosismo de la muchacha. Eso le hizo recordar que Yuchuan le había contado algo sobre la desaparición de diversos objetos de los aposentos de la dama Wang; al parecer, las doncellas de aquel lugar negaban saber nada sobre asunto tan feo, y la culpable no había podido ser encontrada. Todo lo cual despertó sus sospechas. En ese preciso momento llegaron Xiaochan y

Lianhua con varias sirvientas. Cuando se informaron de la situación, dijeron:

–Mejor será que la interroge bien, abuela Lin. En los últimos días esta muchacha no ha dejado de merodear por aquí con aire taimado. Quién sabe lo que está tramando.

–Así es –añadió Xiaochan–. Ayer sin ir más lejos la hermana Yuchuan me dijo que el aparador del anexo de la señora había sido abierto y que faltaban diversos objetos. Y cuando la señora Lian envió a Pinger para que consiguiera un poco de «rocío de Meigui» en los aposentos de Yuchuan, faltaba un frasco. Si no lo hubieran estado buscando expresamente, ni se habrían dado cuenta.

–No conocía esa historia –intervino Lianhua– pero hoy mismo vi una botella de ese «rocío».

Como Xifeng había estado enviando diariamente a Pinger para que presionara a la señora Lin en la búsqueda del ladrón, en cuanto la vieja oyó aquello preguntó:

–¿Y dónde la viste?

–Justamente en su cocina –respondió ella señalando a Wuer.

Inmediatamente la señora Lin les ordenó encender sus faroles y partió a la cabeza del grupo para iniciar las pesquisas en la cocina. Entonces, en su desesperación, Wuer confesó:

–Ésa me la regaló Fangguan, que trabaja en los aposentos del segundo señor Bao.

–No me importa quién te la diera –le ladró la señora Lin–. Ahora que sabemos algo sobre el robo, yo haré mi informe y tú podrás dar a las señoras la explicación que más te plazca.

Para entonces ya habían entrado en la cocina, donde Lianhua las llevó directamente al lugar donde había visto la botella. La cogieron y, como sospechaban la presencia de otros objetos robados, hicieron un registro a fondo y dieron con el paquete de «escarcha de Fuling». Así, con las dos pruebas del delito, y con Wuer, partieron a informar del asunto a Li Wan y Tanchun.

Jia Lan, el hijo de Li Wan, estaba enfermo, y ella había

abandonado por ese motivo los asuntos domésticos, con lo cual tuvieron que dirigirse a Tanchun. Ésta ya había regresado a sus aposentos, donde se estaba lavando mientras sus doncellas descansaban en el patio. Daishu, su doncella, recibió al grupo, recogió el recado y entró a informar a su señora. Al poco salió diciendo:

—Mi señora se da por enterada de lo que os trae aquí. Quiere que mandéis a la hermana Pinger para que ella a su vez informe a la señora Lian.

La señora Lin tuvo que conducir a todo el grupo hasta los aposentos de Xifeng. Primero encontró a Pinger, que entró a informar a su señora. Xifeng ya se había retirado a dormir, pero al oír aquella noticia ordenó:

—Que le den a la madre de Wuer cuarenta varazos y la despidan. No la vuelvan a dejar entrar más acá de la segunda puerta. Otros cuarenta varazos para Wuer, y que la entreguen a la granja, la vendan o la casen.

Cuando Pinger salió y transmitió textualmente las instrucciones de Xifeng a la señora Lin, Wuer, aterrorizada, prorrumpió en sollozos. De rodillas ante Pinger le contó toda la historia del frasco de «rocío de Meigui».

—Eso es fácilmente comprobable —dijo Pinger—. Mañana interrogaremos a Fangguan; así sabremos si estás diciendo la verdad o no. Pero ¿qué me dices de la «escarcha de Fuling»? Era un presente, y sólo debía ser abierto después del regreso de la Anciana Dama y la dama Wang. Su desaparición es mucho más grave que la del frasco de «rocío».

A lo que Wuer le respondió explicándole que la «escarcha de Fuling» había llegado a sus manos a través de su tío.

—Si no mientes —dijo Pinger con una sonrisa—, entonces no has cometido la acción reprobable con la que alguien intenta hacerte cargar. Pero hoy ya es tarde para intentar aclarar este asunto; mi señora ha tomado sus medicinas y se ha metido en la cama. No debemos molestarla por una nimiedad. Que esta noche las mujeres de la guardia custodien a Wuer y mañana, después de haber hablado con mi señora, decidiremos lo que ha de hacerse.

La señora Lin no se atrevió a poner reparos a la deci-

sión de Pinger y, tomando a Wuer de la mano, la entregó a las mujeres de guardia para que la custodiaran aquella noche, hecho lo cual regresó a su casa.

Intimidada como estaba, y sometida a tal vigilancia, Wuer no se atrevió a mover un dedo. Algunas de las mujeres la aconsejaron diciéndole que no debía volver a hacer cosas tan vergonzosas. Otras se quejaron abiertamente:

–Ya es bastante malo tener que velar toda la noche para que nada anormal ocurra en un sitio tan grande; ahora, encima, tenemos que custodiar a una ladrona. Si en un momento de descuido se quita la vida o escapa, seremos nosotras quienes carguemos con la responsabilidad.

A esas quejas vinieron a sumarse las burlas y abucheos de otras mujeres que mantenían malas relaciones con la señora Liu y sólo le deseaban mal, y que, ahora, observando complacidas el mal trago que pasaba su hija, se sumaron al coro de recriminaciones. Wuer era de complexión débil, y el acoso al que se veía sometida, más la falta de agua, que le negaban cuando tenía sed, y de descanso, que le negaban cuando, vencida por el sueño, no le proporcionaban almohada y se veía obligada a tenderse sobre el duro suelo, terminaron por indignarla. Pero no tenía ante quién quejarse, de manera que pasó la noche entre lamentos y sollozos. Todas aquellas malas mujeres deseaban vivamente que madre e hija fueran expulsadas del jardín cuanto antes, pues temían que las señoras, al día siguiente, se volvieran atrás en su decisión. Por eso se levantaron temprano y fueron en secreto a tratar de ganarse a Pinger para su causa; le llevaron regalos, la halagaron por lo bien que manejaba los asuntos de la casa y por el buen criterio que demostraba con sus decisiones, y le contaron todas las veces que la madre Liu se había saltado las normas. Pinger las recibió, una por una, y escuchó las razones de todas. Después les dijo que se retiraran. Finalmente entró a ver a Xiren para intentar aclarar si era cierto que Fangguan le había dado a Wuer un frasco de «rocío de Meigui».

–Realmente se lo dio –confirmó Xiren–, pero no sé qué hizo después con él.

Interrogada, Fangguan se asustó al saber cuál era la situación de su amiga y confesó habérselo entregado. Después corrió a informar a Baoyu del caso. Éste se mostró muy alarmado.

—El asunto del «rocío» ya se ha aclarado —dijo—, pero si la «escarcha de Fuling» se toma también como evidencia del delito, entonces ella tendrá que confesar que fue su tío quien se lo dio, y que él a su vez lo había conseguido en el portón. De manera que entonces será su tío el acusado de no haber respetado las reglas, y esa familia se verá metida en un buen lío.

Y, dichas esas palabras, emprendió una discusión con Pinger para encontrar una rápida solución al problema.

—El caso del robo del «rocío de Meigui» ya está resuelto, pero es preciso solucionar el de la «escarcha de Fuling». ¿Por qué no decir, mi buena hermana, que también ésta fue un obsequio de Fangguan? Eso lo arreglaría todo.

—Es cierto —sonrió Pinger—, pero resulta que ayer por la noche Wuer ya admitió que era un regalo de su tío. ¿Cómo va a decir ahora que la «escarcha» salió de sus aposentos? Además, antes de haber encontrado al ladrón del «rocío» no podemos soltar a la muchacha para buscar a otros responsables. Todas las evidencias están contra ella. Si iniciamos nuevas pesquisas, ¿quién responderá? Las viejas del jardín no estarán convencidas de que se ha obrado correctamente dejándola libre de culpa.

En ese punto se unió a la conversación Qingwen, diciendo:

—Está claro que ese «rocío» sólo lo puede haber cogido Caiyun para entregárselo al señor Huan. Me parece que esas locas especulaciones están de más.

—Claro que sí, eso ya lo sabe todo el mundo —dijo Pinger con una carcajada—. Sin embargo, ahora Yuchuan está llorando de impotencia, pues cuando le preguntó en secreto a Caiyun y ella confesó su falta, Yuchuan dejó pasar por alto el asunto pensando que acabaría por olvidarse. ¿A quién le gustan los problemas, después de todo? Pero esa miserable de Caiyun no sólo no admite nada, sino que

además acusa del robo a Yuchuan. Con sus trifulcas, toda la casa está ya al tanto de este asunto. ¿Cómo podríamos pretender ahora que nada ha sucedido? No hay más remedio que seguir investigando. Sabemos que fue la propia ladrona quien informó del robo, pero ¿cómo podemos acusarla sin pruebas?

—No es necesario —dijo Baoyu—. También cargaré sobre mis espaldas el asunto de la «escarcha». Diré que birlé las dos cosas del cuarto de mi madre para divertirme dando un susto a las doncellas. Así nadie volverá a sacar a relucir el tema.

Xiren comentó:

—Ésa sería una buena acción que impediría que la llamaran ladrona. Pero cuando la señora se entere de todo esto volverá a reñirle por seguir actuando como un niño insensato.

—Eso no tiene importancia —dijo Pinger con una sonrisa—. En realidad no me resultaría difícil encontrar en los aposentos de la concubina Zhao las pruebas que buscamos, pero he temido que otra persona digna viera dañado su prestigio. A otra no le molestaría, pero ella montaría en cólera. Y es que de quien sospecho es de ella. No quise romper un jarrón de jade para matar la rata que hay al lado⁴.

Y al decir aquello mostró tres dedos extendidos para indicar a Xiren y a las demás que se refería a la tercera señorita, Tanchun.

—Cuánta razón tienes —dijeron—. Mejor será que carguemos nosotros con la culpa.

—Pero incluso así —propuso Pinger—, debemos llamar a esas dos malditas causantes de problemas, Caiyun y Yuchuan, para que digan claramente que están de acuerdo con este arreglo. De otro modo saldrán libres de polvo y paja, sin saber siquiera el motivo, pensando que fue porque me faltó valor para llegar hasta el fondo de este asunto y me vi obligada a suplicaros que encubrierais el robo. Lo único que conseguiríamos con eso sería alentar a una de ellas a seguir hurtando impunemente, y a la otra a no cargar con ninguna responsabilidad.

—Cierto —asintieron Xiren y las demás—. Tienes que salvar la cara en todo este asunto.

Así que Pinger envió una mensajera a buscar a las dos muchachas.

—No os asustéis —se les dijo—. Os hemos mandado llamar para informaros de que hemos encontrado a la culpable del robo.

—¿Dónde está? —preguntó Yuchuan inmediatamente.

—En este momento se encuentra en los aposentos de la señora Lian —le dijo Pinger—. Lo ha confesado todo, aunque yo tengo la absoluta certeza de que no ha sido ella la ladrona; la pobre criatura ha confesado por miedo. El señor Bao siente lástima por ella y está dispuesto a cargar con la mitad de la culpa del robo. Claro que yo conozco a la verdadera autora, pero es una buena amiga mía. No me preocupa mucho qué pueda sucederle a quien reciba los objetos robados, pero denunciar a la auténtica ladrona dañaría la reputación de otra; de modo que en medio de esta confusión voy a pedirle al señor Bao que asuma la responsabilidad para que todas las demás podamos quedar libres de sospecha. Ahora lo que quiero saber es qué pensáis hacer vosotras. Si ambas aceptáis ser más cuidadosas en el futuro, de modo que vuestros actos no afecten al prestigio de nadie, yo le pediré al señor Bao que se declare autor del robo. Si no es así le contaré inmediatamente la verdad a la señora Lian para no dañar a una persona inocente.

Al oír aquello, un rubor avergonzado cubrió las mejillas de Caiyun.

—Descuida, hermana —dijo—. No hay necesidad de dañar a una persona inocente, o hacer que se resienta su prestigio. Yo soy la responsable por haber cedido a las presiones de la concubina Zhao, que en los últimos tiempos me ha venido suplicando que escamotee cosas de aquí y de allá; algunas de ellas las entregué al señor Huan. Ésa es la verdad. Incluso estando aquí la señora, a menudo le hemos escamoteado algunas fruslerías para obsequiar a nuestros amigos. Pensé que esta tormenta amainaría pasados un par de días, por eso no dije nada, pero ahora no

puedo soportar que una inocente sea culpada en mi lugar. Llévame a ver a la segunda señora y lo aclararé todo ante ella.

Esta valiente respuesta maravilló a todos los presentes.

—Eso muestra que la hermana Caiyun es una persona recta —dijo Baoyu—. Pero no es preciso que lo admitas; simplemente diré que tomé esas cosas en secreto para fastidiaros, y que ahora que se ha armado este lío inesperado he querido confesarlo todo. Sólo os pido, hermanas, que no causéis más problemas en el futuro; eso sería lo mejor para todos.

—¿Por qué habría de confesarse usted culpable de una falta que yo he cometido? —preguntó Caiyun—. Soy yo quien debe sufrir las consecuencias.

—No es así como hay que mirarlo —interrumpieron Pinger y Xiren—. Si tú confieras tendrás que hablar de la concubina Zhao, y la señorita Tanchun volverá a sufrir por su causa. Es mejor que el señor Bao asuma la responsabilidad y nos libre a todos de problemas. Aparte de las pocas que estamos aquí, nadie más tiene por qué enterarse, ¿no es eso mucho mejor? Pero en el futuro debemos ser todas más cuidadosas. Si quieres llevarte algo, por lo menos espera a que haya vuelto la señora; entonces podrás regalar la casa entera sin que sea asunto nuestro.

Con un gesto pensativo, Caiyun agachó la cabeza y asintió. Una vez que hubieron terminado de trazar sus planes, Pinger se llevó a las dos muchachas con Fangguan un poco más adelante, donde unas mujeres hacían la guardia nocturna, y después de llamar a Wuer le dio instrucciones secretas para que dijera que la «escarcha de Fuling» también había sido un regalo de Fangguan. Tras recibir el efusivo agradecimiento de Wuer, Pinger las llevó a sus propios aposentos; allí la señora Lin y otras sirvientas aguardaban desde hacía un rato custodiando a la señora Liu.

La señora Lin le dijo a Pinger:

—La trajimos aquí a primera hora de la mañana. Como temía que no hubiera quien se encargara del desayuno de las damitas, envié al jardín a la esposa de Qin Xian con ese

encargo. ¿Por qué no sugerir a la segunda señora que sea la señora Qin, que es limpia y meticulosa, quien haga permanentemente ese trabajo?

—¿Quién es la esposa de Qin Xian? —preguntó Pinger—. Me parece que no la conozco.

—Es una de las que hace la guardia nocturna en la puerta sur del jardín —respondió la señora Lin—. No tiene nada que hacer durante el día; por eso no la conoce. Tiene los pómulos altos y los ojos grandes, y es muy limpia y meticulosa.

—Ya sé quién es —intervino Yuchuan—. ¿Cómo has podido olvidarlo, hermana? Es la tía de Siqi, la que atiende a la señorita Yingchun. Aunque los padres de Siqi pertenecen a la casa del señor mayor, su tío trabaja aquí.

—Ah —dijo Pinger con una sonrisa al recordar a la mujer—, ¿por qué no me lo has dicho antes? Pero de todos modos me parece que tienes mucha prisa por darle ese trabajo. La verdad empieza a imponerse en este asunto, como las rocas que aparecen cuando el agua baja de nivel; incluso hemos descubierto quién se llevó las cosas del cuarto de la señora el otro día. Fue Baoyu, que entró allí y se las pidió a esas dos muchachas miserables. Para fastidiarlo le dijeron que no podían llevarse nada que fuera de la señora, y por eso apenas ellas se descuidaron él entró y las cogió. Esas muchachas tontas nunca se enteraron, y de ahí su susto... Ahora que Baoyu sabe que ha implicado a tres personas en el asunto me ha contado la historia completa y mostrado las cosas que se llevó. Incluso llegó a sacar al exterior esa «escarcha de Fuling» para compartirla con otra gente, no sólo con las muchachas del jardín. Hasta las amas recibieron un poco para llevar a sus parientes, algunos de los cuales la pasaron a otras personas. Xiren le dio un poco a Fangguan y a otras, y con ello sólo estaba haciéndoles un favor, que no es nada insólito. En cuanto a las dos cestas que llegaron el otro día, siguen en el salón y sus sellos están intactos. No podemos acusar a nadie de haberlas robado. Espera a que haya informado de todo esto a mi señora, y ya veremos.

Entró en el dormitorio a contarle la misma historia a Xifeng.

—Aunque así sea —dijo ella—, también sabemos que Baoyu sale siempre en defensa de esas muchachas sin preguntarse si tienen razón o no, ni mucho menos si la gente está halagándolo con cuatro palabras bonitas o lo está coronando con una canasta de carbón. Puede acceder a cualquier cosa. Si tomamos su palabra en serio en este asunto, la cosa se agravará en el futuro. ¿Y cómo vamos a controlar a los sirvientes? Debemos seguir haciendo investigaciones detalladas. Mi plan es traer ante mí a todas las doncellas de la casa de la señora. No hay necesidad de golpearlas o torturarlas; simplemente podemos hacer que se arrodillen al sol sobre un trozo de porcelana, sin nada que comer o beber. Si no confiesan, tendrán que permanecer arrodilladas todo el día. Aunque estén hechas de hierro, lo confesarán todo.

Y añadió:

—«Las moscas sólo buscan los huevos rotos.» Aunque esa mujer Liu no haya robado nada, alguna falta tiene que haber cometido o no la estarían acusando con tanta insistencia. Si no la castigamos, al menos deberíamos despedirla; es el procedimiento habitual en la corte. No sería una injusticia.

—¿Por qué tomarse tantas molestias? —replicó Pinger—. Debemos ser tolerantes cada vez que podamos. ¿Qué importancia tiene todo esto? ¿Por qué no hace algún favor a los demás? Lo que yo siento es que, a pesar de que nos esforcemos aquí hasta rompernos el corazón, tarde o temprano pasaremos a la otra casa; entonces, ¿por qué enemistarse con los sirvientes de esta casa y despertar su rencor? Pues a usted no le faltan problemas propios. Después de algunos años usted logró concebir un hijo pero lo perdió en el séptimo mes de un mal parto producido quién sabe si por exceso de trabajo y de excitación por las cosas que ocurrían. ¿No sería mejor cerrar un poco los ojos ante lo que está pasando?

Aquel consejo hizo sonreír a Xifeng.